

## EL CASERO Y EL CORTIJERO



Aquí es casería lo que en Andalucía es cortijo. Aquí es casero el que allí es cortijero. ¡Qué contrastes en la naturaleza, en las costumbres y en la vida de ambos pueblos!

Aquí la montaña es verde, con variedad de tonos; pero eternamente verde. Allí es multicolor.

Aquí es un verde que nunca se seca. Allí palidece y se cuece.

De las montañas andaluzas, Sierra Morena. No hay primavera como la suya. Brotan de su seno plantas enormes que dan flores grandes de colores chillones, azul fuerte como el de aquel cielo, amarillo oro como el sol andaluz, rojo encendido como el de los labios de una gordoba.

Esa profusión de plantas salvajes esparcidas por toda la sierra en tiempo primaveral, hacen de aquella montaña un canastillo de flores. Es lo único que la montaña bascongada tiene que envidiar á la andaluza: las flores que recaman aquel suelo destacan sobre él como en un cielo sin nubes las estrellas.

Pero el sol abrasador que impregna la atmósfera de lumbre pulverizada apoya aquella vegetación florida, y el verde lozano de la primavera acaba, al avanzar el estío, en un verde amarillo icterico.

Aquí, no. La montaña conserva su frescura. No tiene flores, pero tiene lozanía.

Tienén estas montañas un Aitzgorri. Tiene Sierra Morena una, Caraberuela; puntos ambos como elegidos para tronos de Dios.

Más monotonía allí, más ruido aquí. Allí los ríos se deslizan por entre túneles de ramas y de flores. Aquí se despeñan y corren con estrépito escribiendo con las curvas de sus revueltas no sé qué letras ideales. No corren allí; caminan con paso tardo, adormecidos, buscando el Guadalquivir, que más indolente todavía, besa las plantas de Sierra Morena ofreciéndola su superficie como azogada luna donde se mire sus hechizos. Aquí se precipitan con vértigo, como bestia espantada

que huye del estruendo que ella misma produce al mover en su carrera cien máquinas y férreos arrefactos que como cepo la puso la industria en su camino.

Allí la tierra exhala calor como la piel de un calenturiento, en el aire palpitan el bochorno del sol y el perfume de las flores produciendo un ambiente enrarecido, voluptuoso; un ambiente de orgía que enerva las fuerzas del cuerpo y adormece las del espíritu. Aquí la tierra alienta fresca y el aire envuelve brisas acariciadoras que como amorosos besos envía á la montaña el mar.

El contraste de la naturaleza necesariamente ha de reflejarse en los hombre y en las cosas.

Allí las caserías—los cortijos—son blancas, blanquísimas; parecen, vistas á distancia, fugitivas palomas posadas sobre un montón de terciopelos. Tal vez el cortijero blanquea tan frecuentemente su vivienda, no tanto por la utilidad higiénica como por lo que cumple á su fantasía, de igual modo que al árabe en medio de su suciedad le seduce el baño, no porque le asea, sino porque le halaga los sentidos.

Aquí la casería no es blanca, pero es limpia. Al casero le falta tiempo para sus labores del campo; mal ha de sobrarle para enyesar cada ocho días las paredes de su casa.

Allí el cortijero trabaja poco, pero descansa mucho. Descansa de su propia indolencia; descansa de la fatiga que le produce cuanto le rodea: el cielo, la tierra, el aire, la luz.

Aquí el casero trabaja mucho y descansa lo que las aves, con cuyo postrer canto se acuesta y con cuyo primer canto se levanta. Allí la noche es para respirar. Aquí es para descansar. Por eso allí se trasnocha y aquí se madruga.

El cortijero es naturalmente indolente porque como ve con frecuencia que el sol abrasador lo desbasta todo, espera que la naturaleza se lo haga todo también. El casero es trabajador asiduo, porque también los elementos le ayudan y no conoce aquellos estiajes que en Sierra Morena asolan, destruyen y carbonizan.

Los grandes propietarios absorben las fuerzas vitales de aquel país. El obrero es eternamente tributario. Vive al día, cuando más; que por lo general vive en la indigencia. Y esta misma condición le hace aborrecer instintivamente, ó por envidia ó por desesperación, á los poderosos que poseen aquellas vastas propiedades que él con su sudor riega para vivir con miseria y entregar el fruto de su trabajo al amo, que

vive derrochando fastuosamente el dinero en la capital. De aquí el desarrollo del socialismo; no del socialismo político, filosófico, racional y doctrinal, sino del que palpita odio del oprimido hácia el opresor; no la lucha pacífica y razonada entre el trabajo y el capital, sino la lucha mortal y ciega entre la miseria y la riqueza, entre el pobre y el rico; entre la desesperación y el hartazgo. El socialismo agrario, en una palabra; el más temible, el más aterrador.

Aquí la propiedad, más repartida, crea pequeños propietarios y destruye así los gérmenes de ese mal común que proviene de la dependencia absoluta. Además, el casero bascongado abarca en pequeño diferentes ramos de la tarea agrícola, pudiendo reparar, ó compensar cuando menos, con la cosecha de un fruto la pérdida de la de otro; y el cortijero no se consagra más que á una, perdida la cual, lo perdió todo.

El casero, aun sin salir del reducido círculo de su casería, conoce la civilización por los ferrocarriles que á manera de cinturón de hierro rodean y estrechan á nuestras montañas; conoce las carreteras que una administración ejemplar ha construido, tendiéndolas profusamente sobre nuestros verdes montes como blanquísimas cintas que caen en desorden sobre una inmensa guirnalda.

En Sierra Morena trepa un ferrocarril por entre la espesa enramada y huye del fragor de la montaña para buscar las llanuras extremeñas. Puede decirse que el silbido revolucionario de la locomotora no ha profanado aún el silencio idílico de aquellos bosques espléndidos.

Hay lo menos un siglo de diferencia entre estas y aquellas montañas, entre el serrano cordobés y el casero bascongado.

El *casero* bascongado es el campesino de los libros de Tolstoi pero viviendo en el mundo de los campesinos de las obras de Kropotkine, y el *cortijero* andaluz es el terrateniente de los libros de Kropotkine respirando el ambiente de los cuadros que pinta en sus libros Tolstoi.

Cambiar hombres por hombres, llevar la frescura de nuestros montes á aquellas montañas amarillas pero llenas de flores de colorines rabiosos, y traer aquellas flores chillonas á nuestros montes de eterno verdor... y el gran problema del dia estaba resuelto.

Sino que era enmendar á la naturaleza. Y la naturaleza no admite lecciones.

ANGEL M.<sup>a</sup> CASTELL.

